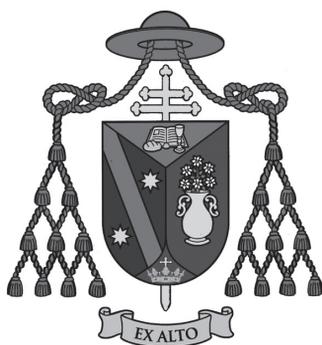


BOAS

ABRIL 2020
TOMO CLXI N° 2391



Archidiócesis de Sevilla

Redacción:

Archivo Diocesano

Tfno: 954 505 515, Ext. 734

E-mail: secretariageneral@archisevilla.org

Arzobispado de Sevilla

Apartado 6 – 41080 Sevilla

Depósito legal: SE-61-1958

Normas de pago:

* Precio de la suscripción anual: 35 euros.

* Parroquias y conventos de clausura, por habilitación.

* Los restantes suscriptores pagarán en el primer trimestre

BOLETÍN OFICIAL DE LA ARCHIDIÓCESIS DE SEVILLA

Abril 2020

Nº 2391

Arzobispo

Cartas a los sacerdotes y religiosos con cura de almas de la Archidiócesis.	149
Carta a todos los seminaristas del Seminario Metropolitano, Mayor y Menor y Redemptoris Mater.	158
Carta a las monjas contemplativas de la Archidiócesis.	160
Carta a los voluntarios de Cáritas, de pastoral penitenciaria, de las ONGs de los religiosos y religiosas y los diputados de caridad de las Hermandades y sus colaboradores.	163
Domingo de Ramos, pórtico de la Semana Mayor. Carta Pastoral.	166
Cristo ha resucitado, Aleluya! Carta Pastoral.	168
Domingo de la Divina Providencia. Carta Pastoral.	170
Lo reconocieron al partir el pan. Carta Pastoral.	172

Secretaría General

Necrológicas.	175
---------------	-----

Conferencia Episcopal Española

Nota de la Comisión Ejecutiva ante el inicio de la salida del confinamiento.	177
Medidas de prevención para la celebración del culto público en los templos católicos durante la desescalada de las medidas restrictivas en tiempo de pandemia.	179

Santa Sede

Mensaje Urbi et Orbi. Pascua 2020.	183
------------------------------------	-----

Arzobispo

Cartas a todos los sacerdotes y religiosos con cura de almas de la Archidiócesis

El Arzobispo de Sevilla

23 de marzo de 2020

A todos los sacerdotes y religiosos con
cura de almas de la Archidiócesis

Queridos hermanos y amigos:

Os saludo con mucho afecto, también en nombre del señor obispo auxiliar, don Santiago. Ambos nos hacemos cargo de vuestro sufrimiento en estos días por las limitaciones que imponen las normas dictadas por las autoridades sanitarias para impedir la propagación de la epidemia que aflige a Andalucía, a España y al mundo. Sabemos que estáis dedicando mucho tiempo a la oración para impetrar del Señor el final de esta creciente tragedia. Por desgracia, ya vamos poniendo rostros de personas conocidas entre los muertos e infectados por el virus. Seguid alzando los brazos intercediendo por nuestro pueblo.

Hemos hablado con todos los arciprestes y con muchos de vosotros, sobre todo mayores y enfermos. Sabemos que, gracias a Dios, estáis bien. Seguid poniendo los medios para no enfermar, pues sois muy necesarios para vuestras feligresías. Con mucho dolor, pero también con mucho sentido de la responsabilidad y en conciencia, tomamos la decisión el sábado 14 de marzo de cerrar las iglesias, algo que algunos no han comprendido. Por desgracia, los acontecimientos nos están dando la razón.

En esta coyuntura desgraciada sabemos de vuestra entrega generosa y creativa y os agradecemos vuestro esfuerzo por transmitir celebraciones eucarísticas, meditaciones y catequesis, viacrucis y exhortaciones cuaresmales a través de medios muy elementales (Facebook, Skype, YouTube, etc.). El pueblo cristiano os agradece vuestras pequeñas homilias y vuestros mensajes cálidos para vivir intensamente esta Cuaresma singular. Así nos lo hacen saber, lo mismo que vuestra cercanía a los más necesitados.

Humanamente hablando, la coyuntura que estamos viviendo no puede ser más calamitosa y se prevé larga. Pero en el plano espiritual y pastoral puede ser un acontecimiento de gracia, que nos ayude a todos a convertirnos, a centrar nuestra vida en el Señor, a fortalecer nuestra caridad pastoral y a vivir fiel y santamente nuestro ministerio.

Aceptando cordialmente las disposiciones de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, no deberíamos aceptar que propuestas y presiones fuera de lugar en este momento, en el que debemos dedicar todas nuestras energías a lo fundamental, nos desviaran de nuestras verdaderas prioridades. Son centenares los muertos, es ingente el dolor de los padres que mueren en los hospitales sin el aliento de sus hijos, la sociedad confinada, la ansiedad de los médicos sobrepasados de trabajo y con escasos medios...

Ahora es el momento de enterrar a los muertos, de rezar por ellos, de encomendar a los enfermos, servir a los pobres, ofrecer los medios materiales modestos que tenemos poniéndolos a disposición de las autoridades sanitarias... y, lo específicamente nuestro, levantar los brazos a lo alto para que el Señor se apiade de nosotros.

Tenemos que considerar también lo que se nos viene encima cuando el Señor nos libere de esta desgracia, con la economía hundida, el aumento previsible del paro y la pobreza... Seamos responsables y centrémonos en lo esencial para seguir acompañando y sirviendo a nuestro pueblo y a cuantos van a quedar en las cunetas de la vida social.

Quiero deciros, por fin, también en nombre de don Santiago, que os felicitamos por vuestra entrega y que nos sentimos orgullosos de vosotros. Desde la Vicaría General os irán informando sobre temas pendientes (Semana Santa, Misa Crismal, funerales y tanatorios, primeras comuniones, etc.), tan pronto como formemos criterio. Tendremos muy en cuenta las orientaciones de la Conferencia Episcopal y las disposiciones de las autoridades sanitarias.

Cuidaos. Con nuestra oración ferviente por vosotros y nuestros fieles, os enviamos un abrazo fraterno y nuestra bendición para vosotros, vuestras familias y vuestras comunidades.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

El Arzobispo de Sevilla

7 de abril de 2020

A todos los sacerdotes y religiosos con
cura de almas de la Archidiócesis

Queridos hermanos y amigos:

Os llegará esta carta a la misma hora en que, en condiciones normales en el Martes Santo, estaríamos celebrando la Misa Crismal en la catedral, con la consagración de los santos óleos, ceremonia que cada año todos esperamos con ilusión y a la que acudís la mayor parte de los sacerdotes de la Archidiócesis. En ella recordamos la institución del sacerdocio y, en presencia de los diáconos, los seminaristas, las religiosas y una representación del pueblo fiel al que servimos, renovamos nuestros compromisos sacerdotales. Al mismo tiempo estrechamos los vínculos de comunión con los obispos y entre nosotros como miembros de un único presbiterio. Por razones obvias, este año no podemos celebrarla. La posponemos a la fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote el próximo 4 de junio, si Dios lo permite.

Tanto el señor obispo auxiliar como un servidor os recordamos con afecto y os damos las gracias por vuestro excelente trabajo. Os sabemos confinados en vuestras casas como consecuencia de la pandemia cruel que nos cerca y que tanto está haciendo sufrir a toda la humanidad. Os imaginamos muy cerca del Señor, dedicando muchas horas a estar con Él, "el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra" (Apoc 1,5), como lo confiesa san Juan en la segunda lectura de la Misa crismal. Él debe ser nuestra única pasión, el centro de nuestros pensamientos, el norte de nuestros anhelos, el bálsamo de nuestros sufrimientos, el nombre que nunca debería desaparecer de nuestros labios.

Nuestro ministerio es Él, porque es Él quien bautiza cuando nosotros derramamos el agua sobre los neófitos, quien perdona los pecados cuando nosotros absolvemos y es su cuerpo el que hacemos presente con nuestra palabra cuando celebramos la Eucaristía. Sin Cristo, nuestro ser y nuestro ministerio se desvanece y carece de consistencia. Necesitamos tratarlo sin prisas cada día. En la oración serena de cada mañana, en la adoración silenciosa ante el sagrario, Jesús aniquila nuestra soledad, nuestro individualismo y autosuficiencia, construye nuestra fraternidad sacramental, alienta nuestro ardor apostólico y llena hasta rebosar nuestro corazón y nuestra capacidad de amar.

Os imaginamos también muy cerca de nuestro pueblo a lo largo de la Cuaresma y en la Semana Santa, con grandes dosis de creatividad para servirles el alimento espiritual por los medios casi artesanales con los que contamos. Sabemos que os estáis desviviendo por los pobres, que han aumentado exponencialmente en estas semanas y que van a incrementarse mucho más en los próximos meses. Estamos convencidos de que con vuestra entrega incondicional estáis haciendo de vuestras parroquias islas de misericordia, de acogida y de fraternidad.

No estaríamos cumpliendo con nuestro deber, sin embargo, si además del ministerio de los sacramentos y de la caridad no levantáramos nuestros brazos intercediendo por nuestro pueblo y por toda la humanidad, pues como nos dice el autor de la carta a los Hebreos, "no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, acudamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para el tiempo oportuno" (4,15-16).

Ante el Cristo, que la liturgia nos va presentar el Viernes Santo como "varón de dolores, acostumbrado al sufrimiento... despreciado y desestimado" (Is 53,3), que conoce el dolor de la humanidad en esta hora, nosotros que tenemos como misión ofrecer sacrificios por nuestros propios pecados, así como por los del pueblo (Hbr 5,3) no podemos dejar en ningún momento la oración de intercesión para que Dios nuestro Señor se apiade de la humanidad y nos libere de la plaga que está generando en nuestro mundo un dolor inaudito, que hace solo dos meses no podíamos imaginar.

Las circunstancias tristísimas que estamos viviendo han suscitado en nuestro pueblo los sentimientos más nobles de compasión, cercanía, solidaridad y ayuda generosa, sintiéndonos un pueblo unido por la fraternidad humana y cristiana. Se dice, y es verdad, que ha aflorado lo mejor de nosotros como pueblo. Nos esperan, sin embargo, tiempos muy duros una vez que desaparezca la epidemia, que ojalá sea pronto. Dios quiera que no desaparezcan estas actitudes. Urgidos por el amor de Cristo, hagamos todo lo posible para que estos valores plenamente cristianos no se amorticen. Contribuyamos desde nuestras comunidades parroquiales al restablecimiento de nuestra sociedad hundida y deprimida. Es hermosa la tarea que nos aguarda.

Os encomendamos a todos a la protección maternal de Santa María, la buena madre de los sacerdotes, que cuidó con solicitud de Jesús, el sumo y eterno sacerdote, y que ahora cuida con la misma solicitud de los hermanos de su Hijo. Ella es la madre de nuestro sacerdocio. Que ella proteja a nuestros laicos, a nuestros consagrados y seminaristas. Que ella guarde a los sacerdotes,

muy especialmente a los ancianos y enfermos, al obispo auxiliar y al arzobispo. Que ella apoye y acompañe nuestro ministerio y custodie con su amor nuestra fidelidad.

A pesar de todo, feliz y santa Pascua. Cuidaos. Un abrazo fraterno y nuestra bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

El Arzobispo de Sevilla

24 de abril de 2020

A los sacerdotes y religiosos con cura de
almas de nuestra Archidiócesis

Queridos hermanos y amigos:

Es la tercera vez que os escribo, también en nombre de don Santiago, en este periodo tan duro provocado por el COVID-19, que tantas muertes y dolor está provocando, y cuyo final no parece inmediato. Os saludamos con afecto y os aseguramos que os tenemos muy presentes en la oración diaria en este periodo de confinamiento. Os felicitamos porque de diversos modos, con creatividad e ilusión, estáis ejerciendo vuestra responsabilidad ministerial cerca de los fieles, en particular utilizando las redes sociales y las herramientas que hoy nos brindan las tecnologías de la comunicación. Nuestra gratitud grande a los capellanes hospitalarios y a los tres sacerdotes voluntarios que se han brindado para atender espiritualmente a los enfermos del Hotel Alcora. Gracias también a los sacerdotes que voluntariamente están atendiendo los monasterios.

Como sabéis, falleció don Alfredo Corona Cornejo. Rezamos por él, al mismo tiempo que manifestamos nuestra condolencia a su hermano sacerdote don José Vicente. Don Antonio Borrego, gracias a Dios, después de bastantes días de hospitalización, ya está en su casa. Sigue en el Hotel Alcora don Moisés López. A los dos los encomendamos a la Virgen de la Salud.

El confinamiento al que nos vemos sometidos tiene consecuencias pastorales muy diversas. Dios quiera que sirva para fortalecer la unidad en el seno de nuestras familias y su conciencia de ser iglesia doméstica. Ojalá pronto podamos congregarnos en torno al altar como pueblo santo de Dios.

Una consecuencia de la actual situación es que la economía de la Archidiócesis y de las parroquias se está resintiendo, con los templos y la catedral cerrados y el cese de las colectas. La aguda depresión económica que se anuncia va a ahondar todavía más las dificultades. En estas circunstancias, estamos llamados a explicar con sencillez a nuestros fieles la situación, convocándoles a la corresponsabilidad de todos en el sostenimiento de la Iglesia.

Os pedimos que instéis a los fieles a asignar a la Iglesia en sus declaraciones de la renta. Os enviamos mi carta semanal sobre este tema por si os puede ayudar para preparar el comentario de uno de los próximos domingos.

Invitad también a los fieles a ayudar a la Iglesia, Archidiócesis o parroquias, mediante suscripciones periódicas. Os recuerdo también la existencia del portal www.donoamiiglesia.es, en el que es posible realizar aportaciones económicas de modo sencillo a las citadas instituciones eclesiales.

En este mismo orden de cosas, es más que probable que tengamos que interrumpir obras en marcha y aplazar otras que estaban programadas. Estamos estudiándolo. También debo advertir a los que tenéis préstamos bancarios y se os hace difícil cumplir con las amortizaciones mensuales, que el Eónomo diocesano ha negociado ya con las entidades bancarias aplazamientos o nuevos plazos de amortización. Dirigíos a él.

La aportación más original, necesaria y propia de nuestra acción pastoral es aquello que la Iglesia ha hecho siempre y que nos está recordando en esta Pascua la lectura del libro de los Hechos: el anuncio de la fe, mediante la catequesis, la homilía y la proclamación de la Palabra que salva; la santificación de los fieles a través de los sacramentos, y el cuidado de los pobres, sin olvidar el cultivo de nuestra propia vida interior para no desfondarnos y vaciarnos reclamados por tantas urgencias.

Bien sabéis que los pobres se están multiplicando en estas semanas y que el futuro de muchos hermanos nuestros es especialmente tenebroso. En estas circunstancias, estamos llamados a convocar a los fieles a la corresponsabilidad de todos. Haremos muy bien ayudando a las OOMMPP, como nos ha pedido el Papa y nos informaba recientemente el Delegado diocesano de Misiones. Haremos también muy bien ayudando a Cáritas diocesana y las Cáritas parroquiales, de las que sois los últimos responsables y que tenéis que cuidar muy cercanamente. Es verdad que nuestras nóminas son modestas. Compartid con los pobres con generosidad lo que os sea posible. Os transcribo el consejo de san Pablo con ocasión de la colecta que él organiza para los pobres de la Iglesia madre de Jerusalén: "Mirad: el que siembre tacañamente, tacañamente cosechará; el que siembra abundantemente, abundantemente cosechará. Que cada uno dé como le dicte su corazón: no a disgusto y a la fuerza, pues Dios ama al que da con alegría" (2 Cor 9,6-7).

Si el confinamiento ha favorecido nuestra creatividad pastoral, la tragedia que nos ha sobrevenido debe favorecer la comunicación cristiana de bienes en esta hora de tanto sufrimiento para los pobres, que vosotros palpáis cada día. En ella resuena la voz del Resucitado: "lo que hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis". Resuena también el eco del testimonio de la primera comunidad cristiana: "los creyentes vendían posesiones y bienes, y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno". Dentro de algunas semanas, si Dios quiere, podremos abrir de nuevo los templos y será posible la participación en la Eucaristía. Os recuerdo con

el papa san Juan Pablo II que el criterio básico de la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas es la fraternidad sincera, el amor gratuito y efectivo, el servicio a los últimos, los hermanos más pobres, los parados, ancianos, enfermos e inmigrantes (EdeE 28).

Sabemos que habéis ido tomando decisiones en relación con las primeras comuniones, aplazadas mayoritariamente a septiembre. En los próximos días os informaremos sobre la Misa Crismal, que tendrá lugar el 4 de junio, la celebración del Corpus Christi y las órdenes, que serán el 20 de junio. También sobre el funeral solemne que tendrá lugar en la catedral por las víctimas, cuando las circunstancias lo permitan y que también vosotros podríais celebrar en vuestras parroquias, todo condicionado a las disposiciones y medidas que vayan adoptando las autoridades sanitarias

Enviamos esta carta también a los diáconos, pues les puede hacer algún bien. Rezamos por todos y os pedimos que os cuidéis, sobre todo espiritualmente, para poder cuidar a nuestros fieles en estos tiempos recios. Que el Señor y nuestra Madre bendita, la Virgen de los Reyes, os bendigan y os guarden. Un abrazo y nuestra bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

Carta a todos los seminaristas del Seminario Metropolitano, Mayor y Menor y Redemptoris Mater

El Arzobispo de Sevilla

3 de abril de 2020

A todos los seminaristas del Seminario Metropolitano,
Mayor y Menor y Redemptoris Mater

Con mucho afecto, también en nombre del señor obispo auxiliar, don Santiago, os dirijo unas palabras en estos tiempos recios, difíciles y dolorosos. Os imagino en vuestras casas, reclusos en vuestros hogares, con vuestros padres y familiares. Supongo también que estudiando intensamente, aprovechándoos de la oportunidad que tenéis de recibir lecciones on line. Pensad que en el mes de junio tendrán lugar los exámenes y que tenéis que utilizar estas semanas para prepararlos concienzudamente.

Además de la preparación de los exámenes y del trabajo intelectual, al que estáis obligados por motivos religiosos y humanos, os pido que no olvidéis la vida espiritual, sobre todo en estos tiempos de especial dificultad. Supongo que los que podáis participareis con vuestro párroco en la celebración de la santa Misa, que reservaréis un rato para la oración diaria y para la recitación del oficio divino, también para el rezo del santo Rosario, el examen de conciencia, la lectura espiritual y las demás prácticas espirituales, que nos mantienen frescos y fieles a nuestra vocación y a la especial predilección que el Señor ha tenido con vosotros al elegiros y llamaros para que seáis sus amigos y un día sus compañeros y colaboradores en el ministerio de salvación. Si os es posible y no corréis riesgo, sobre todo los diáconos, colaborad con vuestros párrocos en el servicio a los pobres, que están siendo legión ya, pero que lo van a ser especialmente en los próximos meses.

Vivid intensamente la Semana Santa, aunque no tengamos la apoyatura de la piedad popular. Nada os va a distraer de vivir estos días muy cerca del Señor. Levantad los brazos al cielo para interceder por el dolor del mundo. Dios quiera que la pandemia que estamos sufriendo y que tanto nos hace padecer, sea para todos un acontecimiento de gracia que nos ayude a renovar nuestra vida cristiana, nuestro amor al Señor y también nuestra fraternidad y el amor a nuestros hermanos. Pedid al Señor que se apiade del dolor de la Humanidad y dé el descanso eterno a tantas víctimas inocentes, cuyas muertes sólo de esclarecen a la luz de la muerte redentora de Jesús, el santo, inocente, sin

mancha, apartado de los pecadores, como nos dice el autor de la carta a los Hebreos.

Tanto don Santiago como un servidor, rezamos todos los días por vosotros y por vuestros padres y hermanos. A ellos y a vosotros os envíanos un abrazo cordial y nuestra mi bendición. Cuidaos. A pesar de todos los pesares, feliz y santa Pascua. Cristo vive. Afmo. en el Señor.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

Carta a las monjas contemplativas de la Archidiócesis

El Arzobispo de Sevilla

6 de abril de 2020

A las monjas contemplativas
de la Archidiócesis

Queridas hermanas contemplativas:

Os saludo a todas con mucho afecto, también en nombre del señor obispo auxiliar. Os recordamos a diario y rezamos por vosotras, correspondiendo a vuestra oración por nosotros los obispos, por los sacerdotes, los seminaristas, las vocaciones y por toda la Archidiócesis. Es mucho lo que os debemos. Desde vuestra vida escondida con Cristo en Dios, sois un torrente de gracia para nuestra Iglesia diocesana.

Hace dos semanas, llamé a todos los monasterios y pude comprobar que todas seguís bien de salud, contentas y felices por haber elegido la mejor parte, viviendo fiel y santamente la preciosa vocación que el Señor os ha regalado en la Iglesia. Aunque en clausura, no sois ajenas a los dolores y sufrimientos de nuestros hermanos. Vuestras prioras y abadesas así me lo aseguraron, al tiempo que me hablaban de la gran preocupación que os embarga por la situación que aflige a la humanidad, la terrible epidemia que tantas vidas se está cobrando y el enorme dolor que está causando en tantas familias, cuyos mayores, después de una larga vida de lucha y de trabajo por sus hijos y nietos, están muriendo solos en los hospitales, sin el consuelo y el abrazo de los suyos.

En la Eucaristía del Domingo de Ramos decía yo a los fieles que me seguían por televisión que en los últimos decenios la Humanidad se ha sentido orgullosa de sus triunfos técnicos, se ha sentido capaz de todo, se ha dejado seducir por el progreso material, abandonando la espiritualidad. Nos hemos sentido fuertes y, ante los avances de la medicina, casi invulnerables. Hemos desoído el grito de los pobres y las llamadas del Señor. Un ser microscópico nos ha despertado del sueño prometeico del progreso infinito y nos ha devuelto a nuestra realidad de criaturas limitadas e indigentes.

En estos días muchos de nosotros hemos pensado que el Señor se ha dormido en la popa de nuestra barca, como en el lago de Galilea en medio de la tempestad. Personalmente pienso que los que nos hemos dormido somos nosotros, y que somos nosotros los que tenemos que despertar. ¡Mucho nos

habíamos alejado del Señor! Nos hemos olvidado de Él y hemos organizado nuestra vida al margen de Él y de su amor. Por ello, la pandemia que estamos padeciendo es una invitación apremiante a convertirnos, a volver a Dios. Es una llamada a la fe, a ir a Él, a confiar en Él y a entregarnos a Él. De este modo, este tiempo de prueba se convertirá en un tiempo de gracia, tiempo de enderezar el rumbo de nuestra vida y de convertirnos al Señor y a nuestros hermanos.

Queridas hermanas: no ceséis de levantar los brazos a lo alto intercediendo al Señor por la humanidad. Ante el Cristo, que la liturgia nos va presentar el Viernes Santo como “varón de dolores, acostumbrado al sufrimiento... despreciado y desestimado” (Is 53,3), que conoce el dolor de la humanidad en esta hora, vosotras, que como nosotros los sacerdotes y los obispos, tenemos como misión de ofrecer sacrificios por nuestros propios pecados, así como por los del pueblo (Hbr 5,3), no podemos dejar en ningún momento la oración de intercesión para que Dios nuestro Señor se apiade de la humanidad y nos libere de la plaga que está generando en nuestro mundo un dolor inaudito, que hace solo dos meses no podíamos imaginar.

A pesar de todo, hay motivos para la esperanza. Las circunstancias tristísimas que estamos viviendo han suscitado en nuestro pueblo los sentimientos más nobles de compasión, cercanía, solidaridad y ayuda generosa, sintiéndonos un pueblo unido por la fraternidad humana y cristiana. Muchos ejemplos os podría poner. Se dice, y es verdad, que ha aflorado lo mejor de nosotros como pueblo. Nos esperan, sin embargo, tiempos muy duros, una vez que desaparezca la epidemia, que ojalá sea pronto. Quedarán las secuelas de una sociedad hundida y deprimida, con la industria y la economía profundamente heridas y un crecimiento espantoso del paro. Dios quiera que no desaparezcan entonces esas actitudes fraternas. Urgidos por el amor de Cristo, recemos para que estos valores plenamente cristianos no se amortencen.

Vuestra vida escondida con Cristo en Dios, viviendo en el silencio henchido de su Palabra y en una soledad habitada por su Presencia, como afirma la Constitución Verbi Sponsa, es prolongación de la plegaria de Jesús al Padre. Desde ese coloquio filial, también vosotras debéis orar por el mundo en esta hora, por los muertos, por sus familiares, por los enfermos, por el personal sanitario, con medios escasos y con mucho riesgo, por las autoridades, por los servidores públicos, policía y ejército... Rezad también por las personas confinadas en pisos minúsculos y especialmente por los niños... Rezad también por la Iglesia, para que en estas circunstancias dramáticas sepa ser samaritana de la humanidad y portadora y dispensadora de la ternura y de la misericordia de Dios.

Os encomendamos a todas a la protección maternal de Santa María, la buena madre de los consagrados, que cuidó con solicitud de Jesús y que ahora cuida con la misma solicitud de todos nosotros. Ella es la madre de la Iglesia. Que ella proteja a nuestros laicos, a nuestros consagrados, sacerdotes y seminaristas. Que ella guarde a todas las contemplativas, muy especialmente a las ancianas y enfermas, al obispo auxiliar y al arzobispo. Que ella apoye y acompañe vuestra consagración y custodie con su amor vuestra fidelidad.

A pesar de todos los pesares, feliz y santa Pascua. Vivid la Semana Santa con especial intensidad y fervor. Gracias por rezar por nosotros. Cuidaos. Un abrazo fraterno y nuestra bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

Carta a los voluntarios de Cáritas, de la pastoral penitenciaria, de las ONGs de los religiosos y religiosas y a los diputados de caridad de las Hermandades y a sus colaboradores

El Arzobispo de Sevilla

30 de abril de 2020

A los voluntarios de Cáritas, de la pastoral penitenciaria, de las ONGs de los religiosos y religiosas y a los diputados de caridad de las Hermandades y a sus colaboradores

Queridos hermanos y amigos:

En las semanas pasadas, desde el aislamiento que nos imponen las circunstancias, he escrito varias cartas a los sacerdotes y religiosos, a las monjas contemplativas y a los seminaristas, también en nombre del señor Obispo auxiliar. En estos días, me he acordado mucho de vosotros según me iban llegando noticias de vuestro quehacer y de vuestro compromiso con los necesitados y con los que sufren. Ahora os pongo estas líneas para saludaros, felicitaros y agradecer vuestro trabajo espléndido.

Estamos viviendo semanas de muchísimo sufrimiento, de estupor ante algo que antes no habíamos conocido ni esperábamos, y de dolor por tantas víctimas que han muerto en soledad lejos de los suyos. Vivimos también jornadas de miedo, miedo por nuestros ancianos, solos en sus casas o en residencias, miedo por los trabajadores que se han quedado sin trabajo y no saben cómo van a sacar adelante a sus familias, miedo por los encarcelados y por quienes viven en la calle.

En el mensaje del Domingo de Pascua el papa Francisco nos invitó a no dejarnos llevar por el egoísmo, sino a sentirnos como miembros de una única familia que se sostienen mutuamente y que no dejan atrás a ninguno de los suyos. En la homilía del Domingo de la Divina Misericordia nos invitó a no consentir que nos golpee el peor de los virus, el virus de la indiferencia. Puso como ejemplo a la primera comunidad cristiana, que nos muestra el libro de los Hechos de los Apóstoles. «Había recibido misericordia y vivía con misericordia». Tenían, en realidad, un solo corazón y una sola alma.

Estoy seguro de que todos participáis de estas convicciones y que creéis que esta tragedia universal nos está diciendo que en el mundo

globalizado no hay diferencias ni fronteras, todos somos iguales, frágiles e igualmente valiosos. Por ello, sois también conscientes de que el futuro del mundo, que entre todos debemos construir, tiene que ser diferente, el propio de quienes tienen idéntica dignidad como personas e hijos de Dios.

Los sacerdotes de las parroquias, los directivos de Cáritas, las religiosas de las residencias, los presidentes de Consejos y muchos hermanos mayores nos informan de vuestro trabajo sobresaliente. Os animamos a seguir en la brecha. Con el fin del aislamiento y la superación de la epidemia, que Dios quiera que esté próxima, no va a acabar el sufrimiento de nuestro pueblo que, a mi juicio, no ha hecho más que empezar con la economía tan seriamente afectada. Rezo por vosotros para que no desmayéis. Sed "instrumentos humildes en las manos de Dios para aliviar el sufrimiento del mundo". Así nos lo pedía el papa Francisco la víspera de la canonización de Santa Teresa de Calcuta.

Con vuestro compromiso dais visibilidad a la misión samaritana de la Iglesia. De forma casi silenciosa y anónima manifestáis de forma concreta y palpable la ternura y la misericordia de Jesús, haciendo que la persona que sufre se sienta amada. Vosotros no pasáis de largo ante el hombre lleno de heridas y tendido en la cuneta del camino. Seguid bajándoos, como el Buen Samaritano, de la cabalgadura de vuestro bienestar, para curar esas heridas, tan numerosas y tan dolientes. No os importe que vuestra tarea muchas veces no sea reconocida. Es lo de menos. Nos la reconoce el Señor, que es lo importante.

No olvidéis la misteriosa identificación de Jesús con sus predilectos, los pobres. Cuando servís a los necesitados, servís al Señor. Cuando veis y tocáis a los pobres y enfermos estáis tocando la carne de Cristo, tomando sobre vosotros el dolor de los que sufren. Así lo encarecía el venerable Miguel Mañara a sus hermanos de la Santa Caridad de Sevilla al pedirles que asistieran a los enfermos desde la cercanía y la inmediatez corporal, lavando, curando y besando sus llagas. La razón no es otra que la identificación misteriosa del Señor con los pobres y enfermos: "debajo de aquellos trapos –escribe Mañara– está Cristo pobre, su Dios y Señor".

Antes de concluir, os brindamos algunos consejos: el primero es que cuidéis la vida espiritual, en la que se temple nuestro servicio humilde y gratuito. Sin una vida espiritual fuerte y vigorosa, sin la oración, la amistad y la intimidad con el Señor, verdadera raíz de nuestro compromiso solidario, nuestro servicio a los pobres antes o después terminará desvitalizándose o agostándose. El segundo es que cuidéis la genuina identidad cristiana de Cáritas y de las demás instituciones en cuyo nombre actuáis. No sois ONGs como las demás, sino instituciones urgidas por el amor de Cristo (2 Cor 5,14). En este sentido, cuidad también la eclesialidad de vuestro trabajo y la comunión con la Iglesia diocesana o parroquial.

Pido al Señor que os aliente y bendiga vuestro compromiso fraterno. Con él estáis ayudándonos a cumplir la misión prioritaria de la Iglesia, que nunca debe cansarse de ofrecer misericordia, estando siempre dispuesta a confortar y servir. Nada en su anuncio de Jesucristo y en su testimonio ante el mundo debe carecer de misericordia, hasta el punto de que la credibilidad de la Iglesia pasa a través del amor misericordioso y compasivo.

En nombre propio y en el de don Santiago, un abrazo grande y nuestra bendición, también para vuestras familias y vuestras instituciones respectivas.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

DOMINGO DE RAMOS, PÓRTICO DE LA SEMANA MAYOR
5, IV, 2020

Queridos hermanos y hermanas:

Dirijo esta carta especialmente a los cofrades de nuestra Archidiócesis, para manifestarles mi afecto en las circunstancias que estamos atravesado. Hace sólo dos meses nadie pensaba en lo que después se nos ha venido encima. Bien sé yo lo que significa para vosotros la supresión de vuestros cultos y de vuestras estaciones de penitencia. No se ha suprimido, sin embargo, la Semana Santa, que debemos celebrar con toda devoción y fervor desde nuestros hogares, verdaderas iglesias domésticas. El Misterio Pascual es el centro de la fe y de la vida de la Iglesia.

No dudo que a lo largo de esta Cuaresma peculiar habéis ido ahondando en la conversión, a través de la oración, el ayuno y la limosna, como nos pedía la liturgia del Miércoles de Ceniza. Efectivamente, la libertad interior que nos procura el ayuno nos reconcilia con nosotros mismos, la oración robustece nuestra comunión con Dios y la limosna y la caridad fraterna nos reconcilian con los hermanos. La participación en el triunfo de Cristo sobre el pecado y la muerte, que actualizaremos litúrgicamente en la solemne Vigilia Pascual, exige un *"pueblo bien dispuesto"* (Lc 1,17). Dios quiera que todos nosotros hayamos vivido responsablemente la Cuaresma, sin echar en saco roto la múltiple gracia que el Señor ha derramado sobre la Iglesia en este tiempo.

A partir de este Domingo de Ramos iniciamos la Semana Santa del año 2020. En ella vamos a actualizar los acontecimientos redentores, la pasión, muerte y resurrección del Señor. Un año más, la Iglesia nos invita a entrar de lleno en el misterio que constituye el centro y el corazón de nuestra fe, a seguir de cerca al Señor en su entrada triunfal en Jerusalén, a penetrarnos de los sentimientos de Cristo, que intuye las negras maquinaciones del sanedrín judío y la cobardía cómplice de las autoridades romanas. La Iglesia nos invita a vivir con Jesús la angustia del prendimiento, el dolor acerbo de la flagelación, de la coronación de espinas y del camino hacia el Calvario, la soledad y el abandono del Padre en el árbol de la Cruz y también la alegría inefable de su resurrección en la mañana de Pascua florida.

Os invito a vivir la Semana Santa con autenticidad, como la Santísima Virgen, el Apóstol Juan, la Verónica y las santas mujeres de Jerusalén en la primera semana santa de la historia. Ellos, en el momento cimero de la historia de la humanidad, viven con hondura suprema la Pasión del Señor. Ellos nos marcan las únicas actitudes posibles en la vivencia intensa del Misterio Pascual en

estos días. Ellos no huyen ni se esconden como los Apóstoles, ni se limitan a contemplar desde la acera el drama del Calvario. Unidos al corazón del Cristo doliente, le acompañan en su Viacrucis y permanecen valientemente en pie junto a la Cruz del Cristo agonizante. Que ellos, María y Juan, la Verónica y las santas mujeres nos alienten y acompañen en nuestra inmersión intensa, cálida y comprometida en la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

Os imagino en estos días, queridos cofrades, frustrados y doloridos por no poder celebrar con el fervor y entusiasmo acostumbrados vuestros cultos y, muy especialmente, vuestras estaciones de penitencia. Yo os pido que procuréis que lo que perdemos en esplendor, en costumbrismo y en estética, lo ganemos en intensidad religiosa. Nada en este año os distrae de lo esencial. No tenéis que dedicaros a los preparativos externos, algo que os puede ayudar a poner el acento en los preparativos interiores que reclaman de vosotros los días más señalados del calendario cristiano. En ellos vamos a recordar sí la epopeya de nuestra salvación, pero al mismo tiempo vamos a actualizar el misterio central de nuestra fe: la pasión, muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo, que la liturgia místicamente renueva cada año.

Os ruego de nuevo que os preparéis bien para vivir con autenticidad la Semana Santa. Buscad espacios largos para la oración. Participad con unción religiosa a través de la televisión en las celebraciones litúrgicas del Triduo Pascual, que son el memorial de la Pascua del Señor. Rezad mucho en esos días para que el Señor se apiade de nosotros y termine pronto la prueba tremenda que nos aflige.

En este Domingo de Ramos, pósito de la Semana Mayor, os encomiendo especialmente al Señor pidiéndole que la Semana Santa sea para vosotros verdaderamente santa y santificadora, que a lo largo del año viváis la auténtica identidad cofrade, el cultivo de la vida interior, la formación doctrinal, el apostolado, el servicio a los pobres y el amor a la Iglesia, cuidando y formando a los jóvenes cofrades y viviendo la comunión fraterna y la unidad en el seno de cada Hermandad. Sois herederos de una hermosa historia, rica en fe, devoción y obras de caridad. Que el Señor os ayude a potenciarla y enriquecerla.

Con mi saludo cordial, mi bendición para vosotros y vuestras familias.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

¡CRISTO HA RESUCITADO, ALELUYA!
12, IV, 2020

Queridos hermanos y hermanas:

Este es, el mensaje de la Pascua cristiana, la Buena Noticia que la Iglesia viene proclamando desde hace veinte siglos; desde aquella mañana del primer día de la semana en que Pedro y Juan encuentran vacío el sepulcro de Jesús; desde aquella madrugada en que las piadosas mujeres que van a embalsamar su cadáver, reciben del ángel este mensaje alentador: *"No está aquí. Ha resucitado"*.

Esta es la gran noticia que la Iglesia tiene el deber de anunciar al mundo en esta mañana de Pascua. Esta es la magnífica noticia que cambia el curso de la historia porque significa que la vida ha triunfado sobre la muerte, la justicia sobre la iniquidad, el amor sobre el odio, el bien sobre el mal, la alegría sobre el abatimiento, la felicidad sobre el dolor, y la bienaventuranza sobre la maldición, y todo ello porque Cristo ha resucitado.

La resurrección del Señor es la obra maestra de la Trinidad Santa, *"la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, -como nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica- creída y vivida por la primera comunidad cristiana como verdad central, predicada por los Apóstoles como parte esencial del Misterio Pascual, transmitida como fundamental por la Tradición y abiertamente afirmada en los documentos del Nuevo Testamento"*. Sin la resurrección, Jesús sería el mayor impostor de la historia de la humanidad y el cristianismo el más burdo fraude cometido jamás. La resurrección es el sello de garantía de la persona, la obra y la doctrina de Jesús. Para nosotros es un manantial inagotable de seguridad y confianza. Gracias a la resurrección del Señor sabemos que nuestra fe no es una quimera y que el objeto de nuestro amor no es un fantasma, sino una persona viva, que está sentada a la derecha de Dios.

La consecuencia más importante de la resurrección del Señor es nuestra futura resurrección. Si Jesús ha resucitado, también nosotros resucitaremos. El Catecismo nos dice que después de su muerte, el Señor bajó al seno de Abrahán para liberar a los justos anteriores a Él y abrirles las puertas del cielo. Ojalá que en esta Pascua, al mismo tiempo que sentimos muy a lo vivo la alegría inmensa que brota de la resurrección del Señor, experimentemos también intensamente la emoción que nace espontánea de la aceptación de esta verdad original del cristianismo: somos ciudadanos del cielo, al que estamos llamados y cuyas puertas nos ha abierto el Señor en su resurrección de entre los muertos.

La liturgia de estos días nos invita a sacar las consecuencias que la resurrección del Señor entraña para nuestra vida cristiana: *Ya que habéis resucitado con Cristo, – nos dice san Pablo- buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios. Aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra.*

La esperanza en la resurrección debe ser fuente de consuelo, de paz y fortaleza ante las dificultades, ante el sufrimiento físico o moral, cuando surgen las contrariedades, los problemas familiares, profesionales o económicos, cuando a nosotros o a nuestros seres queridos nos visita el dolor o la enfermedad. La esperanza en la resurrección es además fuente de sentido en nuestro devenir. Un cristiano no puede vivir como aquel que ni cree ni espera, o en el mejor de los casos cree que después de la muerte sólo existe la nada. Porque Cristo ha resucitado, nosotros creemos y esperamos en la vida eterna, en la que viviremos dichosos con Cristo y con los Santos.

Esta perspectiva que es fruto de la Pascua, debe marcar, determinar y configurar nuestro presente, nuestra forma de pensar y nuestro modo de vivir, sabiendo que somos peregrinos, que no tenemos aquí una ciudad estable y permanente, pues nuestra verdadera patria es el cielo. La perspectiva de la resurrección define e ilumina nuestra vida, la nutre y llena de esperanza y alegría. De todo ello se privan quienes no creen en la resurrección y en la vida eterna, artículo capital de nuestra fe.

Aspiremos a los bienes de arriba y no a los de la tierra, vivamos ya desde ahora el estilo de vida del cielo, el estilo de vida de los resucitados, es decir, una vida de piedad sincera, alimentada en la oración, en la escucha de la Palabra, en la recepción de los sacramentos, singularmente la penitencia y la eucaristía, y en la vivencia gozosa de la presencia de Dios; una vida alejada del pecado, de la impureza, del egoísmo y de la mentira; una vida pacífica, honrada, austera, sobria, fraterna, edificada sobre la justicia, la misericordia, el perdón, el espíritu de servicio y la generosidad; una vida, en fin, asentada en la alegría y en el gozo de sabernos en las manos de nuestro Padre Dios y, por ello, libres ya del temor a la muerte.

Este es mi deseo para todos los diocesanos en esta Pascua. Un abrazo fraterno y mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

DOMINGO DE LA DIVINA MISERICORDIA
19, IV, 2020

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos el Domingo de la Divina Misericordia, que tiene como punto de partida las revelaciones privadas de santa Faustina Kowalska, religiosa polaca a la que Jesús se aparece en el pueblo de Plock y le manifiesta la hondura de su misericordia para con nosotros. En el año 2000, san Juan Pablo II canonizó a Santa Faustina y en su homilía anunció la institución de esta fiesta. La imagen de la Divina Misericordia fue revelada por Jesús mismo a santa Faustina en 1931 y Él le pidió que la pintara. En ella se refleja la caridad, el perdón y el amor de Dios, rico en misericordia, que tiene su expresión más alta en el sacramento de la penitencia, que Jesús instituye en su aparición a los apóstoles reunidos en el cenáculo cuando les dice: *Recibid el Espíritu santo. A quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados y a quienes se los retuvierais, les serán retenidos*. Estas palabras se contienen en el evangelio de este domingo y nos aseguran que en la confesión bien hecha se produce realmente el perdón de Dios, que nos acoge con misericordia como el padre de la parábola del hijo pródigo.

En la bula de convocatoria, *Misericordiae vultus*, el papa Francisco nos decía que la misericordia es uno de los contenidos centrales de la fe cristiana. Nos recordaba además la enseñanza de san Juan XXIII, que hablaba de la "*medicina de la misericordia*", y de san Pablo VI que llamó a la Iglesia "*samaritana de la humanidad*". Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre, «rico en misericordia» (Ef. 2,4), quien después de haber revelado su nombre a Moisés como el «*Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, y rico en amor y fidelidad*» (Ex 34,6), en la plenitud de los tiempos envió a su Hijo nacido de la Virgen para revelarnos de manera definitiva su amor. Jesús con su palabra, con sus gestos y sus signos revela la misericordia de Dios. Su persona no es otra cosa sino amor. Un amor que se dona y ofrece gratuitamente. Su rostro rezuma piedad, misericordia y amor.

Los milagros que realiza tienen el sello de la misericordia hacia los pecadores, los pobres, los excluidos y los enfermos. En Él todo es misericordia. Nada en Él está falto de compasión. Su misericordia y su compasión tienen su culmen en el Calvario, en el que se inmola libremente por toda la humanidad.

En la bula *Misericordiae vultus* nos dice el Papa que "*la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia*". Nos dice también que la Iglesia debe ser la casa de la misericordia, del servicio gratuito, de la ayuda, del perdón y del

amor. Nunca debe cansarse de ofrecer misericordia, estando siempre dispuesta a confortar y perdonar. Todo en la pastoral de la Iglesia debe estar revestido por la ternura con que trata a sus hijos. Nada en su anuncio de Jesucristo y en su testimonio ante el mundo debe carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del amor misericordioso y compasivo. La vida de la Iglesia es auténtica y creíble cuando hace de la misericordia su razón de ser. Nuestras parroquias, asociaciones, movimientos y hermandades deben ser oasis de misericordia.

Los hijos de la Iglesia debemos caminar por la vía de la misericordia, de la entrega y el servicio humilde, haciéndonos siervos y servidores de los hermanos, saliendo a las periferias existenciales, a las situaciones de precariedad y sufrimiento, de las que son víctimas aquellos hombres y mujeres que no tienen voz porque ha sido acallada por el egoísmo de sus semejantes.

Practiquemos las obras de misericordia corporales, que son dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar posada al peregrino, vestir al desnudo, visitar al enfermo, socorrer a los presos y enterrar a los muertos. Las obras de misericordia espirituales, tan importantes como las corporales, son: enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que yerra, perdonar las injurias, consolar al triste, sufrir con paciencia los defectos de nuestros prójimos y rogar a Dios por vivos y muertos. Tenemos aquí todo un programa de vida: estar cerca y socorrer a los pobres y necesitados, especialmente en este tiempo de terrible epidemia en que más que nunca debemos estar cerca de los pobres y de los que sufren.

En este domingo estamos llamados además a redescubrir la hermosura del sacramento de la misericordia, el sacramento de la penitencia, del perdón y de la reconciliación con Dios y con los hermanos, que en los últimos decenios se ha debilitado un tanto, de modo que ocupe el lugar que le corresponde en nuestra vida personal y comunitaria, como manantial de vida interior, de fidelidad y de santidad, como sacramento de la paz, de la alegría y del reencuentro con Dios.

Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

LO RECONOCIERON AL PARTIR EL PAN
26, IV, 2020

Queridos hermanos y hermanas:

Escuchamos en la eucaristía de este domingo el relato del encuentro de Jesús con los de Emaús, que nos narra san Lucas. La escena sucede en la tarde del domingo de resurrección en el corto espacio de los once kilómetros que separan Jerusalén de Emaús. Jesús se hace el encontradizo con dos discípulos que, deprimidos tras la muerte del Maestro, retornan a su aldea. Jesús les descifra con la Escritura el significado de su pasión, muerte y resurrección. El evangelista nos da el nombre de uno de ellos, Cleofás, y Orígenes nos dice que su acompañante era su propio hijo y que ambos eran parientes del Señor.

Durante tres años han seguido a Jesús, deslumbrados por la belleza de su doctrina, por el esplendor de sus milagros y por el atractivo irresistible de su figura. Rotos por el drama del Calvario, olvidan que Jesús anunció su propia resurrección al tercer día, y vuelven a su aldea a la caída de la tarde para curar sus heridas refugiándose en el trabajo cotidiano. El relato de Emaús es la historia de tantos hombres y mujeres que, ante el mensaje exigente del Evangelio, por cobardía, seducidos por el mundo, golpeados por el misterio del dolor y de la muerte, o subjetivamente decepcionados por el testimonio opaco o deficiente de los cristianos, dan por zanjado en sus vidas el asunto de Jesús, se alejan del centro de su influencia y rompen con la comunidad.

Pero Jesús no abandona a sus discípulos. En el caso de los de Emaús, sale a su encuentro y camina con ellos. Lo descubren en la Escritura que Jesús les explica iluminando sus mentes y caldeando sus corazones. Lo redescubren, sobre todo, en la fracción del pan, en la Eucaristía que Jesús consagra de nuevo, como hiciera por vez primera en la víspera de su pasión. Entonces, se les abren los ojos y lo reconocen e inmediatamente vuelven a Jerusalén, se reintegran en la comunidad, a la que narran lo que les ha sucedido en el camino.

En esta segunda semana de Pascua, dirijo mi palabra a los fieles de la Archidiócesis que viven con gozo su vocación cristiana desde la fe en la resurrección del Señor, que es el foco que ilumina y da sentido a toda la vida de Jesús y a nuestra propia vida. Como los de Emaús después de reconocer al Señor, sed testigos y misioneros de la resurrección y de la novedad de la vida inaugurada por Él para todos los hombres en su Misterio Pascual.

Pero quiero dirigirme también a quienes, alejados de la comunidad cristiana, viven angustiados, desconcertados y decepcionados como los discípulos de

Emaús, con una fe mortecina o debilitada, ciegos para entender los designios de Dios y descubrir que el Resucitado camina junto ellos. Pienso en vosotros, queridos hermanos y hermanas, todos muy amados de Dios, redimidos por la sangre de su Hijo y llamados a la gracia de la filiación. Rezo por vosotros y os invito a volver como los de Emaús a la comunidad, al hogar cálido de la Iglesia, que os recibirá siempre con los brazos abiertos y os acompañará en vuestro camino de fe. Ella nos explica las Escrituras, en las que encontramos “la ciencia suprema de Cristo” (Fil. 3,8).

En la mesa familiar que es la Iglesia, ella parte y comparte con nosotros el Pan de la Eucaristía, en la que se forja y modela nuestra existencia cristiana y nuestra fraternidad. Sin ella no podemos vivir, como proclamaban los mártires de Cartago en el año 304. En el sacramento de su cuerpo y de su sangre el Señor robustece nuestra fe y alienta nuestra esperanza en la vida eterna, fruto de la Pascua, en la que viviremos dichosos con Cristo y con los Santos, en comunión de gozo y de vida con la Santísima Trinidad.

La Eucaristía, alimento que restaura nuestras fuerzas, nos ayuda además a vivir la vida nueva inaugurada por la resurrección de Jesucristo, una vida de piedad sincera vivida en la cercanías del Señor; una vida alejada del pecado, de la impureza, del egoísmo y de la mentira; una vida pacífica, honrada, austera, sobria, fraterna, edificada sobre la justicia, la misericordia, el perdón, el espíritu de servicio y la generosidad; una vida, en fin, asentada en la alegría y en el gozo de sabernos en las manos de nuestro Padre Dios y, por ello, libres ya del temor a la muerte.

A vosotros, cristianos anónimos, sin vínculos visibles con la Iglesia, el evangelio de este domingo os hace esta propuesta que yo os presento con humildad y con amor: volved a la comunidad, volved a la Escritura, volved a la Eucaristía. En la Iglesia, en la Palabra y en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre os reencontraréis con el Señor, que es con mucho lo mejor que os puede suceder.

Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

Secretaría General

Necrológicas

D. Alfredo Corona Cornejo

El sacerdote diocesano Alfredo Corona Cornejo, falleció el 15 de abril en la capital hispalense a los 85 años de edad.

Nació en Pedrera el 14 de noviembre de 1934, donde fue ordenado sacerdote el 18 de junio de 1961.

Desarrolló su ministerio sacerdotal como Vicario Parroquial de la Parroquia de Santa Ana, de La Roda de Andalucía; Cura Encargado de la Parroquia de Nuestra Señora del Socorro, de Badolatosa; Capellán de las MM. Franciscanas Concepcionistas, de Carmona; Párroco de la Parroquia de San Francisco Javier, de Sevilla y Capellán Castrense. En su última etapa sacerdotal estuvo vinculado a la Parroquia de Santa María Magdalena, de Sevilla.

Descanse en la paz del Señor

Conferencia Episcopal Española

Nota de la Comisión Ejecutiva ante el inicio de la salida del confinamiento

La Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal Española quiere expresar al Pueblo de Dios y a toda la sociedad española:

1. Nos alegra y damos gracias a Dios, de que la enfermedad vaya siendo controlada y pueda iniciarse, aún con reservas y precauciones, la recuperación de las actividades habituales de nuestra vida común. Tras este tiempo de dolor y sufrimiento a causa del fallecimiento de seres queridos y de los graves problemas sanitarios, sociales, económicos y laborales, hemos de afrontar esta situación con esperanza, fomentando la comunión y sintiéndonos llamados a ejercer la caridad personal, política y social.
2. Compartimos el dolor de miles de familias ante los fallecimientos causados por esta pandemia. Hemos orado por su eterno descanso y por el consuelo de familiares y amigos; queremos expresar nuestro deseo de celebrar en las próximas semanas las exequias con quienes lo soliciten en cada parroquia, y, más adelante, en una celebración diocesana para manifestar la esperanza que nos ofrece el Resucitado.
3. Agradecemos de nuevo el trabajo realizado con generosa entrega por tantas personas de los servicios sanitarios y de numerosas actividades que hacen posible la vida cotidiana en nuestra sociedad. De forma especial, reconocemos la disponibilidad y el servicio de los sacerdotes, consagrados y laicos en estas semanas.

4. Continuaremos impulsando con las personas que se ven afectadas por la crisis económica y social, el trabajo de Cáritas y de otras instituciones eclesiales para paliar estas consecuencias de la pandemia. Ofrecemos los principios de la Doctrina Social de la Iglesia y la acción de los católicos en la reconstrucción de la vida social y económica, siguiendo el "plan para resucitar" del papa Francisco.

5. Después de semanas sin expresar comunitariamente nuestra fe en templos y locales parroquiales, queremos recuperar progresivamente la normalidad de la vida eclesial. En esta fase de transición, mantenemos la propuesta de dispensar del precepto de participar en la Misa dominical y sugerimos a personas de riesgo, mayores y enfermos, que consideren la posibilidad de quedarse en casa y sigan las celebraciones por los medios de comunicación. Pedimos a los sacerdotes y colaboradores que hagan un esfuerzo por facilitar la celebración y la oración, cuidando las medidas organizativas e higiénicas. Las personas que acudan a la iglesia para las celebraciones o para oración personal, deben hacerlo siguiendo las pautas y recomendaciones que unimos a esta nota, siempre a expensas de las normas de las autoridades sanitarias.

6. Instamos a las autoridades de las diversas administraciones públicas, a los partidos políticos y organizaciones empresariales y sindicales, a otras asociaciones e instituciones, así como a todos los ciudadanos, al acuerdo y colaboración en favor del bien común. Todos estamos llamados a ser responsables en la convivencia para evitar en lo posible la expansión de la enfermedad y ayudar a los pobres y a quienes más padezcan las consecuencias de esta pandemia.

7. Nos unimos en la oración común que afianza la fraternidad, suplicamos la gracia del Señor y la luz del Espíritu Santo para discernir lo que Dios nos quiere decir en esta circunstancia; pedimos especialmente por los investigadores a fin de que alcancen un remedio a la pandemia. Nos ponemos bajo la protección materna de la Inmaculada patrona de España.

Madrid, 29 de abril de 2020

MEDIDAS DE PREVENCIÓN PARA LA CELEBRACIÓN DEL CULTO PÚBLICO EN LOS TEMPLOS CATÓLICOS DURANTE LA DESESCALADA DE LAS MEDIDAS RESTRICTIVAS EN TIEMPO DE PANDEMIA

El coronavirus continúa propagándose por España. Dada la grave responsabilidad que supone, para todos, prevenir el contagio de la enfermedad, proponemos estas disposiciones, aconsejando máxima prudencia en su aplicación que cada Diócesis habrá de concretar. Será necesaria una evaluación continuada que permita valorar su puesta en práctica y modificación en las situaciones que sea necesario, teniendo en cuenta lo que la autoridad sanitaria disponga en cada momento.

1. Fases de aplicación

Fase 0: Mantenemos la situación actual. Culto sin pueblo. Atención religiosa personalizada poniendo atención especial a los que han perdido a seres queridos. Preparamos en cada diócesis y parroquias las fases siguientes.

Fase 1: Se permite la asistencia grupal, pero no masiva, a los templos sin superar el tercio del aforo, con eucaristías dominicales y diarias. Quizá con preferencia al acompañamiento de las familias en su duelo.

Fase 2: Restablecimiento de los servicios ordinarios y grupales de la acción pastoral con los criterios organizativos y sanitarios –mitad del aforo, higiene, distancia– y medidas que se refieren a continuación.

Fase 3: Vida pastoral ordinaria que tenga en cuenta las medidas necesarias hasta que haya una solución médica a la enfermedad.

2. Disposiciones de carácter general

Ante esta circunstancia, prorrogamos la dispensa del precepto dominical, invitando a la lectura de la Palabra de Dios y a la oración en las casas, pudiendo beneficiarse de la retransmisión a través de los medios de comunicación para quien no pueda acudir al templo. También, se invita las personas mayores, enfermas o en situación de riesgo a que valoren la conveniencia de no salir de sus domicilios.

Se establece el aforo máximo de los templos (1/3 en la primera fase y 1/2 en la segunda) y respetar la distancia de seguridad.

En las Eucaristías dominicales, allí donde sea necesario y posible, procurar aumentar el número de celebraciones cuando haya mayor afluencia de fieles, a fin de descongestionar los templos.

Se recomienda que los fieles hagan uso de mascarilla con carácter general. Las pilas de agua bendita continuarán vacías.

Las puertas de las iglesias se mantendrán abiertas a la entrada y salida de las celebraciones para no tener que tocar manillas o pomos.

3. A la entrada de la celebración

Organizar, con personas responsables, la apertura y cierre las puertas de entrada al templo, la distribución los fieles en el templo, el acceso a la hora de comulgar y la salida de la iglesia al finalizar, respetando la distancia de seguridad

Ofrecer gel hidroalcohólico o algún desinfectante similar, a la entrada y salida de la iglesia.

4. A tener en cuenta durante la liturgia

Evitar los coros en la parroquia: se recomienda mantener un solo cantor o algunas voces individuales y algún instrumento. No habrá hoja de cantos ni se distribuirán pliegos con las lecturas o cualquier otro objeto o papel.

El cestillo de la colecta no se pasará durante el ofertorio, sino que el servicio de orden lo ofrecerá a la salida de la misa, siguiendo los criterios de seguridad señalados.

El cáliz, la patena y los copones, estarán cubiertos con la "palia" durante la plegaria eucarística.

El sacerdote celebrante desinfectará sus manos al empezar el canon de la misa, y los demás ministros de la comunión antes de distribuirla.

El saludo de la paz, que es facultativo, se podrá sustituir por un gesto evitando el contacto directo.

El diálogo individual de la comunión ("El Cuerpo de Cristo". "Amén"), se pronunciará de forma colectiva después de la respuesta "Señor no soy digno...", distribuyéndose la Eucaristía en silencio.

En el caso de que el sacerdote fuera mayor, establecer ministros extraordinarios de la Eucaristía para distribuir la comunión.

5. A la salida de la celebración

Establecer la salida ordenada de la iglesia evitando agrupaciones de personas en la puerta.

Desinfección continua del templo, bancos, objetos litúrgicos, etc.

6. Otras celebraciones

La celebración del Sacramento de la reconciliación y los momentos de escucha de los fieles: además de las medidas generales, se ha de escoger un espacio amplio, mantener la distancia social asegurando la confidencialidad. Tanto el fiel como el confesor deberán llevar mascarilla. Al acabar, se aconseja reiterar la higiene de manos y la limpieza de las superficies.

Bautismo: Rito breve. En la administración del agua bautismal, hágase desde un recipiente al que no retorne el agua utilizada, evitando cualquier tipo de contacto entre los bautizandos. En las unciones se puede utilizar un algodón o bastoncillo de un solo uso, incinerándose al terminar la celebración.

Confirmación: En la crismación se puede utilizar un algodón o bastoncillo, como se ha indicado en el caso del bautismo. Obsérvese la higiene de manos entre cada contacto, cuando haya varios confirmandos.

Matrimonio: Los anillos, arras, etc., deberán ser manipulados exclusivamente por los contrayentes. Manténganse la debida prudencia en la firma de los contrayentes y los testigos, así como en la entrega de la documentación correspondiente.

Unción de enfermos: Rito breve. En la administración de los óleos puede utilizarse un algodón o bastoncillo como se ha indicado anteriormente. Los sacerdotes muy mayores o enfermos no deberían administrar este sacramento a personas que están infectadas por coronavirus. En todo caso, obsérvese las indicaciones de protección indicadas por las autoridades sanitarias correspondientes.

Exequias de difuntos: Los funerales y las exequias seguirán los mismos criterios de la misa dominical. Aunque sea difícil en esos momentos de dolor, insistir en evitar los gestos de afecto que implican contacto personal y la importancia de mantener distancia de seguridad.

7. Visitas a la Iglesia para la oración o adoración del Santísimo

Seguir las pautas generales ofrecidas, evitando la concentración y señalando los lugares para la oración y la adoración

No permitir visitas turísticas en la fases 1 y 2 de la desescalada.

8. Utilización de dependencias parroquiales para reuniones o sesiones formativas

En la segunda fase las reuniones en dependencias parroquiales seguirán las pautas utilizadas para las reuniones culturales previstas por el ministerio de sanidad que consiste en un máximo de 1/3 de aforo en lugares cuyo aforo habitual es de 50 personas, respetando la distancia de seguridad y la utilización de mascarillas.

En la tercera fase el aforo pasa a ser de 1/2 en lugares de un aforo habitual de 50 personas y de 1/3 en lugares de un aforo habitual de 80 personas en las mismas condiciones de distancia y utilización de mascarillas.

9. Propuesta de inicio de puesta en marcha de estas medidas

Según las indicaciones recibidas, se comenzará la aplicación de estas medidas desde el lunes 11 de mayo, para que en las celebraciones del domingo 17 de mayo, tengamos una evaluación y una experiencia suficiente de los días anteriores

Santa Sede

Mensaje Urbi et Orbi

MENSAJE URBI ET ORBI
DEL SANTO PADRE FRANCISCO

PASCUA 2020

Basílica Vaticana
Domingo, 12 de abril de 2020

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz Pascua!

Hoy resuena en todo el mundo el anuncio de la Iglesia: "¡Jesucristo ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!".

Esta Buena Noticia se ha encendido como una llama nueva en la noche, en la noche de un mundo que enfrentaba ya desafíos cruciales y que ahora se encuentra abrumado por la pandemia, que somete a nuestra gran familia humana a una dura prueba. En esta noche resuena la voz de la Iglesia: «¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!» (Secuencia pascual).

Es otro "contagio", que se transmite de corazón a corazón, porque todo corazón humano espera esta Buena Noticia. Es el contagio de la esperanza: «¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!». No se trata de una fórmula mágica que hace desaparecer los problemas. No, no es eso la resurrección de Cristo, sino la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no "pasa por encima" del sufrimiento y la muerte, sino que los traspasa, abriendo un camino en el abismo, transformando el mal en bien, signo distintivo del poder de Dios.

El Resucitado no es otro que el Crucificado. Lleva en su cuerpo glorioso las llagas indelebles, heridas que se convierten en lumbreras de esperanza. A Él dirigimos nuestra mirada para que sane las heridas de la humanidad desolada.

Hoy pienso sobre todo en los que han sido afectados directamente por el coronavirus: los enfermos, los que han fallecido y las familias que lloran por la muerte de sus seres queridos, y que en algunos casos ni siquiera han podido darles el último adiós. Que el Señor de la vida acoja consigo en su reino a los difuntos, y dé consuelo y esperanza a quienes aún están atravesando la prueba, especialmente a los ancianos y a las personas que están solas. Que conceda su consolación y las gracias necesarias a quienes se encuentran en condiciones de particular vulnerabilidad, como también a quienes trabajan en los centros de salud, o viven en los cuarteles y en las cárceles. Para muchos es una Pascua de soledad, vivida en medio de los numerosos lutos y dificultades que está provocando la pandemia, desde los sufrimientos físicos hasta los problemas económicos.

Esta enfermedad no sólo nos está privando de los afectos, sino también de la posibilidad de recurrir en persona al consuelo que brota de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía y la Reconciliación. En muchos países no ha sido posible acercarse a ellos, pero el Señor no nos dejó solos. Permaneciendo unidos en la oración, estamos seguros de que Él nos cubre con su mano (cf. Sal 138,5), repitiéndonos con fuerza: No temas, «he resucitado y aún estoy contigo» (Antífona de ingreso de la Misa del día de Pascua, Misal Romano).

Que Jesús, nuestra Pascua, conceda fortaleza y esperanza a los médicos y a los enfermeros, que en todas partes ofrecen un testimonio de cuidado y amor al prójimo hasta la extenuación de sus fuerzas y, no pocas veces, hasta el sacrificio de su propia salud. A ellos, como también a quienes trabajan asiduamente para garantizar los servicios esenciales necesarios para la convivencia civil, a las fuerzas del orden y a los militares, que en muchos países han contribuido a mitigar las dificultades y sufrimientos de la población, se dirige nuestro recuerdo afectuoso y nuestra gratitud.

En estas semanas, la vida de millones de personas cambió repentinamente. Para muchos, permanecer en casa ha sido una ocasión para reflexionar, para detener el frenético ritmo de vida, para estar con los seres queridos y disfrutar de su compañía. Pero también es para muchos un tiempo de preocupación por el futuro que se presenta incierto, por el trabajo que corre el riesgo de perderse y por las demás consecuencias que la crisis actual trae consigo. Animo a quienes tienen responsabilidades políticas a trabajar activamente en favor del bien común de los ciudadanos, proporcionando los medios e instrumentos necesarios para permitir que todos puedan tener una vida digna y favorecer, cuando las circunstancias lo permitan, la reanudación de las habituales actividades cotidianas.

Este no es el tiempo de la indiferencia, porque el mundo entero está sufriendo y tiene que estar unido para afrontar la pandemia. Que Jesús resucitado conceda esperanza a todos los pobres, a quienes viven en las periferias, a los prófugos y a los que no tienen un hogar. Que estos hermanos y hermanas más débiles, que habitan en las ciudades y periferias de cada rincón del mundo, no se sientan solos. Procuremos que no les falten los bienes de primera necesidad, más difíciles de conseguir ahora cuando muchos negocios están cerrados, como tampoco los medicamentos y, sobre todo, la posibilidad de una adecuada asistencia sanitaria. Considerando las circunstancias, se relajen además las sanciones internacionales de los países afectados, que les impiden ofrecer a los propios ciudadanos una ayuda adecuada, y se afronten —por parte de todos los Países— las grandes necesidades del momento, reduciendo, o incluso condonando, la deuda que pesa en los presupuestos de aquellos más pobres.

Este no es el tiempo del egoísmo, porque el desafío que enfrentamos nos une a todos y no hace acepción de personas. Entre las numerosas zonas afectadas por el coronavirus, pienso especialmente en Europa. Después de la Segunda Guerra Mundial, este continente pudo resurgir gracias a un auténtico espíritu de solidaridad que le permitió superar las rivalidades del pasado. Es muy urgente, sobre todo en las circunstancias actuales, que esas rivalidades no recobren fuerza, sino que todos se reconozcan parte de una única familia y se sostengan mutuamente. Hoy, la Unión Europea se encuentra frente a un desafío histórico, del que dependerá no sólo su futuro, sino el del mundo entero. Que no pierda la ocasión para demostrar, una vez más, la solidaridad, incluso recurriendo a soluciones innovadoras. Es la única alternativa al egoísmo de los intereses particulares y a la tentación de volver al pasado, con el riesgo de poner a dura prueba la convivencia pacífica y el desarrollo de las próximas generaciones.

Este no es tiempo de la división. Que Cristo, nuestra paz, ilumine a quienes tienen responsabilidades en los conflictos, para que tengan la valentía de adherir al llamamiento por un alto el fuego global e inmediato en todos los rincones del mundo. No es este el momento para seguir fabricando y vendiendo armas, gastando elevadas sumas de dinero que podrían usarse para cuidar personas y salvar vidas. Que sea en cambio el tiempo para poner fin a la larga guerra que ha ensangrentado a la amada Siria, al conflicto en Yemen y a las tensiones en Irak, como también en el Líbano. Que este sea el tiempo en el que los israelíes y los palestinos reanuden el diálogo, y que encuentren una solución estable y duradera que les permita a ambos vivir en paz. Que acaben los sufrimientos de la población que vive en las regiones orientales de Ucrania. Que se terminen los ataques terroristas perpetrados contra tantas personas inocentes en varios países de África.

Este no es tiempo del olvido. Que la crisis que estamos afrontando no nos haga dejar de lado a tantas otras situaciones de emergencia que llevan consigo el sufrimiento de muchas personas. Que el Señor de la vida se muestre cercano a las poblaciones de Asia y África que están atravesando graves crisis humanitarias, como en la Región de Cabo Delgado, en el norte de Mozambique. Que reconforte el corazón de tantas personas refugiadas y desplazadas a causa de guerras, sequías y carestías. Que proteja a los numerosos migrantes y refugiados —muchos de ellos son niños—, que viven en condiciones insoportables, especialmente en Libia y en la frontera entre Grecia y Turquía. Y no quiero olvidar de la isla de Lesbos. Que permita alcanzar soluciones prácticas e inmediatas en Venezuela, orientadas a facilitar la ayuda internacional a la población que sufre a causa de la grave coyuntura política, socioeconómica y sanitaria.

Queridos hermanos y hermanas:

Las palabras que realmente queremos escuchar en este tiempo no son indiferencia, egoísmo, división y olvido. ¡Queremos suprimirlas para siempre! Esas palabras pareciera que prevalecen cuando en nosotros triunfa el miedo y la muerte; es decir, cuando no dejamos que sea el Señor Jesús quien triunfe en nuestro corazón y en nuestra vida. Que Él, que ya venció la muerte abriéndonos el camino de la salvación eterna, disipe las tinieblas de nuestra pobre humanidad y nos introduzca en su día glorioso que no conoce ocaso.

Con estas reflexiones, os deseo a todos una feliz Pascua.